

El estudiante de Salamanca

Parte primera

1 Era más de media noche,
antiguas historias cuentan,
cuando en sueño y en silencio
lóbrego envuelta la tierra,
5 los vivos muertos parecen,
los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
temerosas voces suenan
informes, en que se escuchan
10 táctas pisadas huecas,
y pavorosas fantasmas
entre las densas tinieblas
vagan, y aullan los perros
amedrentados al verlas:
15 En que tal vez la campana
de alguna arruinada iglesia
da misteriosos sonidos
de maldición y anatema,
que los sábados convoca
20 a las brujas a su fiesta.
El cielo estaba sombrío,
no vislumbraba una estrella,
silbaba lúgubre el viento,
y allá en el aire, cual negras
25 fantasmas, se dibujaban
las torres de las iglesias,
y del gótico castillo
las altísimas almenas,
30 donde canta o reza acaso
temeroso el centinela.
Todo en fin a media noche
reposaba, y tumba era
de sus dormidos vivientes
35 la antigua ciudad que riega
el Tormes, fecundo río,
nombrado de los poetas,
la famosa Salamanca,
insigne en armas y letras,
40 patria de ilustres varones,
noble archivo de las ciencias.
Súbito rumor de espadas
cruje y un ¡ay! se escuchó;
un ay moribundo, un ay
45 que penetra el corazón,
que hasta los tuétanos hiela
y da al que lo oyó temblor.
Un ¡ay! de alguno que al mundo
pronuncia el último adiós.
50 El ruido
cesó,
un hombre
pasó
embozado,
55 y el sombrero
recatado
a los ojos
se caló.
Se desliza
60 y atraviesa
junto al muro
de una iglesia
y en la sombra
se perdió.

65 Una calle estrecha y alta,
la calle del Ataúd
cual si de negro crespón
lóbrego eterno capuz
la vistiera, siempre oscura
70 y de noche sin más luz
que la lámpara que alumbraba
una imagen de Jesús,
atravesaba el embozado
la espada en la mano aún,
75 que lanzó vivo reflejo
al pasar frente a la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube
con franjas de plata bordarla en redor,
y luego si el viento la agita, la sube
80 disuelta a los aires en blanco vapor:

Así vaga sombra de luz y de nieblas,
mística y aérea dudosa visión,
ya brilla, o la esconden las densas tinieblas
cual dulce esperanza, cual vana ilusión.

85 La calle sombría, la noche ya entrada,
la lámpara triste ya pronta a expirar,
que a veces alumbraba la imagen sagrada
y a veces se esconde la sombra a aumentar.

90 El vago fantasma que acaso aparece,
y acaso se acerca con rápido pie,
y acaso en las sombras tal vez desaparece,
cual ánima en pena del hombre que fue,

95 al más temerario corazón de acero
recelo inspirara, pusiera pavor;
al más maldiciente feroz bandolero
el rezo a los labios trajera el temor.

100 Mas no al embozado, que aún sangre su espada
destila, el fantasma terror infundió,
y, el arma en la mano con fuerza empuñada,
osado a su encuentro despacio avanzó.

Segundo don Juan Tenorio,
alma fiera e insolente,
irreligioso y valiente,
altanero y reñidor:
105 Siempre el insulto en los ojos,
en los labios la ironía,
nada teme y toda fia
de su espada y su valor.

110 Corazón gastado, mofa
de la mujer que corteja,
y, hoy despreciándola, deja
la que ayer se le rindió.
Ni el porvenir temió nunca,
ni recuerda en lo pasado
115 la mujer que ha abandonado,
ni el dinero que perdió.

120 Ni vio el fantasma entre sueños
del que mató en desafío,
ni turbó jamás su brío
recelosa previsión.

Siempre en lances y en amores,
 siempre en báquicas orgías,
 mezcla en palabras impías
 un chiste y una maldición.

125 En Salamanca famoso
 por su vida y buen falante,
 al atrevido estudiante
 le señalan entre mil;
 fuero le da su osadía,
 130 le disculpa su riqueza,
 su generosa nobleza,
 su hermosura varonil.

Que en su arrogancia y sus vicios,
 caballescra apostura,
 135 agilidad y bravura
 ninguno alcanza a igualar:
 Que hasta en sus crímenes mismos,
 en su impiedad y altiveza,
 pone un sello de grandeza
 140 don Félix de Montemar. [...]

Parte cuarta

1 Y a su despecho y maldiciendo al cielo, .
 de ella apartó su mano Montemar,
 y temerario alzándola a su velo,
 tirando de él la descubrió la faz.

5 *¡Es su esposo!*, los ecos retumbaron,
¡La esposa al fin que su consorte halló! .
 Los espectros con júbilo gritaron:
¡Es el esposo de su eterno amor!

Y ella entonces gritó: *¡Mi esposo!* Y era
 10 (¡desengaño fatal!, ¡triste verdad!)
 una sórdida, horrible calavera, .
 la blanca dama del gallardo andar...

Luego un caballero de espuela dorada,
 airoso, aunque el rostro con mortal color,
 15 traspasado el pecho de fiera estocada,
 aún brotando sangre de su corazón, .
 se acerca y le dice, su diestra tendida,
 que impávido estrecha también Montemar:
 -Al fin la palabra que disteis, cumplida;
 doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya. [...]

20 El cañado, lívido esqueleto,
 los fríos, largos y asquerosos brazos, .
 le enreda en tanto en apretados lazos,
 y ávido le acaricia en su ansiedad:
 y con su boca cavernosa busca
 25 la boca a Montemar, y a su mejilla
 la árida, descarnada y amarilla .
 junta y refriega repugnante faz. [...]

Y en furioso, veloz remolino, .
 y en aérea fantástica danza,
 30 que la mente del hombre no alcanza
 en su rápido curso a seguir,
 los espectros su ronda empezaron,
 cual en círculos raudos el viento .
 remolinos de polvo violento
 35 y hojas secas agita sin fin. [...]
 Y a tan continuo vértigo,

a tan funesto encanto,
 a tan horrible canto, .
 a tan tremenda lid;
 40 entre los brazos lúbricos
 que aprémianle sujeto,
 del hórrido esqueleto,
 entre caricias mil:

Jamás vencido el ánimo,
 45 su cuerpo ya rendido,
 sintió desfallecido
 faltarle, Montemar;
 y a par que más su espíritu .
 desmiente su miseria
 50 la flaca, vil materia
 comienza a desmayar.
 Y siente un confuso,
 loco devaneo, .
 languidez, mareo
 60 y angustioso afán:
 y sombras y luces
 la estancia que gira,
 y espíritus mira .
 que vienen y van.

65 Y luego a lo lejos,
 flébil en su oído,
 eco dolorido
 lánguido sonó, .
 cual la melodía
 70 que el aura amorosa,
 y el aura armoniosa
 de noche formó:
 y siente luego .
 su pecho ahogado
 75 y desmayado,
 turbios sus ojos,
 sus graves párpados
 flojos caer: .
 la frente inclina
 80 sobre su pecho,
 y a su despecho,
 siente sus brazos
 lánguidos, débiles, .
 desfallecer.

85 Y vio luego
 una llama
 que se inflama
 y murió; .
 y perdido,
 90 oyó el eco
 de un gemido
 que expiró.
 Tal, dulce
 suspira
 95 la lira
 que hirió,
 en blando
 concepto, .
 del viento
 100 la voz,
 leve,
 breve
 son.